

P. BLANCO, *La Cena del Señor. La Eucaristía en el diálogo católico-luterano después del Concilio Vaticano II*, Eunsa («Colección Teológica», 119), Pamplona 2009, 319 pp., 16 x 25, ISBN 978-84-313-2610-4.

En esta monografía, el autor, profesor de teología dogmática en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, estudia el misterio eucarístico en el diálogo ecuménico católico-luterano de las últimas décadas. Toma como punto de partida la doctrina eucarística tal como la proponen Lutero, y los concilios de Trento y Vaticano II. Durante siglos se ha debatido fuertemente el tema eucarístico, aunque con el tiempo se ha situado la polémica en sus verdaderas dimensiones. El autor revisa los diversos diálogos ecuménicos, llevados a cabo durante las últimas décadas, tanto a nivel local como en las Comisiones mixtas oficiales de ambas confesiones, católica y luterana; y analiza también algunas posiciones teológicas actuales, luteranas y católicas, como las de Pannenberg y Ratzinger, Kasper y Wenz, Lies, etc., entre otros teólogos.

La obra se divide en tres partes: Lutero y la respuesta católica (capítulo I); los diálogos ecuménicos después del Vaticano II (capítulo II); y la teología eucarística de los teólogos mencionados (capítulos III y IV).

Lutero planteó tres cuestiones críticas sobre la doctrina eucarística católica (pp. 45-61): la noción de sacrificio, el rechazo del término «transustanciación» y la cuestión del *Laienkelch*. Al rechazar la dimensión sacrificial de la Misa, el reformador alemán apeló al carácter único del sacrificio redentor de Cristo en la cruz, para evitar lo que él entendía como multiplicación del sacrificio redentor (pp. 46-52). Trento atribuyó a la doctrina luterana cambios esenciales en la fe católica sobre el misterio eucarístico, al mismo tiempo que recordaba que la Eucaristía está íntimamente unida al ministerio y a su condición sacerdotal, profética y sacrificial (pp. 62-66). El sacrificio cruento de la cruz, dirá Trento, no se multiplica, sino que es actualizado y «representado» en la Misa de modo incruento. La noción tridentina de *repraesentatio* sería de este modo acorde con el redescubrimiento moderno de la noción bíblica de «memorial».

En cuanto a la presencia eucarística del Señor, tras el debate que tuvo lugar en Marburgo en 1529, Lutero mantuvo que la sustancia del pan y la del vino permanecían junto con la del cuerpo y la sangre de Cristo, según la doctrina llamada de la «consustanciación» con la que

muestra un rechazo del término y concepto de «transustanciación» (pp. 52-58). No queda del todo claro —según algunos— que el reformador alemán sostuviera que no hay presencia eucarística alguna tras la celebración; sin embargo, las especies sacramentales no son objeto de adoración (*Tabernakelfrömmigkeit*). La respuesta católica en Trento sobre la presencia real habla de una presencia «verdadera, real y sustancial» (pp. 66-71). Trento, además, considera «muy adecuada» la expresión de «transustanciación» para designar el cambio eucarístico (*convenienter et proprie... est apellada*, DS 1642).

A esos temas Lutero uniría otras reivindicaciones de carácter en parte eclesiológico, como la revalorización de la participación eucarística de los laicos. Lutero planteó en términos polémicos la comunión bajo las dos especies, o «cáliz de los laicos» (*Laienkelch*), que se convirtió en un símbolo de la práctica eucarística de la Reforma (pp. 58-61). Trento precisó el problema de fondo: Cristo entero —afirmará— se encuentra bajo las dos especies con su cuerpo, con su sangre, con su alma y su divinidad. La comunión bajo las dos especies no es de «derecho divino» o «necesaria para la salvación», concluye el tridentino (pp. 71-74). La cuestión no supone hoy un motivo de separación.

Los acercamientos ecuménicos tras el Vaticano II han sido fructíferos para la clarificación del debate. En el capítulo II, el autor se detiene, por ejemplo, en los diálogos mantenidos entre católicos y luteranos estadounidenses en el documento *La Eucaristía como sacrificio* (1967), que definía el sacrificio eucarístico como «sacrificio eclesial de alabanza, autodonación u oblación», lo cual denota una apertura notable de la perspectiva reformada. Respecto a la presencia real, se afirmaba que es una presencia «verdadera, real y sustancial», a la vez que «sacramental, sobrenatural y espiritual» (pp. 84-86). En Francia, el Grupo no oficial de *Les Dombes* publicaba años después el documento *¿Hacia una misma fe eucarística?* (1972), en el que se hablaba de la Eucaristía como acción de gracias al Padre, memorial de Cristo y don del Espíritu, tal como se venía diciendo en la teología de ambas confesiones desde hacía tiempo. Se aludía a su vez a la Eucaristía como «comida sacramental» que procede del sacrificio de la vida, muerte y resurrección de Cristo (pp. 86-88). En 1986, la Comisión mixta católica-luterana alemana que estudió la revisión de las mutuas condenas formuladas en el siglo XVI entendía el sa-

crificio de la cruz y el eucarístico como un único sacrificio; el misterio eucarístico se constituía de este modo como un «memorial del sacrificio», y no como una *nuda commemoratio*. En cuanto a la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, el documento la califica de «verdadera, real y sustancial». Respecto al término «transustanciación», se recuerda que es importante entender correctamente el término «sustancia» en sentido metafísico no físico (pp. 97-103).

Destaca con razón el autor sobre todos los demás documentos *La Cena del Señor* (1978) de la Comisión mixta oficial católico-luterana (pp. 106-121). Este texto constituirá una piedra miliar en el diálogo ecuménico entre ambas confesiones, en lo que a la doctrina eucarística se refiere. Además de recordar la conocida teología del memorial, en lo que se refiere a la doctrina sobre el modo de presencia, *La Cena del Señor* intenta conciliar los modos de presencia «sacramental, sobrenatural y espiritual» y «verdadera, real y sustancial» de Jesucristo, según ambas confesiones. Reconocía legítima la idea de transustanciación, aunque no la considera estrictamente necesaria. Pocos años más tarde el tema eucarístico aparece en foros ecuménicos más amplios, como el de la Comisión *Faith and Order* del Consejo Ecuménico de las Iglesias, que publicó el llamado Documento de Lima: *Bautismo, ministerio, Eucaristía* (BEM, 1982, pp. 88-93).

En cuanto a la reflexión teológica contemporánea, el autor dedica respectivamente los capítulos III y IV a la consideración de la naturaleza sacrificial y a la presencia eucarística. La unidad entre la muerte de Jesús en la cruz, su resurrección y la Eucaristía, y entre las dimensiones sacrificial y convivial, constituirá algo esencial para los teólogos católicos del siglo XX. La perspectiva teológica quiere ser integradora de las diferentes dimensiones del misterio eucarístico. Así, por ejemplo, W. Kasper se refería a las dimensiones epíctetica —en diálogo con las Iglesias orientales—, cósmica, escatológica y comunional (pp. 178-185). Por su parte, Lothar Lies aludía a una «anamnesis trinitaria» por la intervención perijorética de todas las Personas divinas en el misterio eucarístico, y proponía un concepto de sacrificio que pudiera entrar en diálogo con la concepción luterana. Sugiere de igual modo que la «forma teológica» de la Eucaristía sea más bien la *eulogía*, la alabanza del Hijo al Padre (pp. 185-196).

Un eco parecido se encuentra en la teología protestante, que muestra una apertura positiva a las diferentes facetas y dimensiones del mis-

terio eucarístico. El evangélico Wolfhart Pannenberg acude al concepto de memorial para profundizar la dimensión sacrificial de la Cena, que él interpreta como unidad entre el perdón de los pecados y el misterio eucarístico (pp. 154-158). Gunther Wenz, por su parte, destaca la referencia eucarística a la cruz y a la resurrección, al mismo tiempo que la dimensión trinitaria y sobre todo pneumatológica (pp. 159-166).

Sobre la presencia eucarística del Señor, el panorama es variado. Entre los teólogos luteranos subsistirá un recelo hacia el término transustanciación, que intentan sustituir por otros conceptos. Así, Pannenberg presta más atención al término «transignificación», a la vez que insistía en la necesidad de referirse a la presencia personal de Jesucristo, que no ha de ser entendida de modo local y circunscriptivo. El teólogo luterano recordaba que la presencia sacramental es sobre todo una «presencia personal». Por parte católica, Joseph Ratzinger destaca la primacía de la ontología sobre la semántica y la teleología y, por tanto, una prioridad causal del término «transustanciación» sobre los de «transignificación» y «transfinalización» (pp. 238-245). La no oposición de estos términos estribaría —en su opinión— en una sólida fundamentación metafísica y ontológica de las instancias fenomenológica y personalista. Garijo-Guembe proponía un tipo de presencia sacramental, que ha de ser sustancial para mantener toda su fuerza ontológica, evitando los extremos del mero simbolismo y del fisicismo (pp. 255-258). Eludiendo un lenguaje «cosístico», Lothar Lies se acerca al misterio eucarístico en perspectiva personalista y trinitaria, sin renunciar a su indispensable fundamentación ontológica, al hablar de la «sustancia viva de la persona de Cristo» (pp. 246-254).

La investigación concluye con unas páginas dedicadas a sintetizar los resultados del amplio recorrido que ha ofrecido el autor (pp. 269-286). A pesar de la sintonía y convergencia de las aproximaciones referidas sobre teología eucarística, entiende el autor que restan por clarificar cuestiones de fondo, como el fundamento ontológico de la presencia eucarística; o también la seria cuestión del *defectus ordinis*, recordado por el Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 22. El diálogo ha de tener en cuenta, además, las diferentes ideas eclesiológicas de ambas confesiones.

A nuestro entender, la presente monografía llena con competencia un notable espacio en los estudios ecuménicos recientes sobre la eucaristía, des-

de luego en el ámbito español. El autor ha explorado de manera exhaustiva una numerosa bibliografía, casi toda ella en lengua alemana dispersa en monografías y artículos (pp. 287-318), que analiza y ordena sabiamente, prestando así un magnífico servicio al lector. Pone a pie de obra unos materiales que resultarán de gran utilidad para todo estudioso del tema. La ordenación de la materia, tal como se refleja en el índice del libro, facilita una rápida identificación de los aspectos que el lector desee confrontar.

Sin duda, para una visión completa del problema ecuménico relativo al Sacrificio Eucarístico restan por afrontar algunos temas complejos, como señala el autor al mencionar la necesidad de afrontar la cuestión del sacerdocio ministerial unido a la comprensión de la Iglesia para católicos y luteranos. No obstante, la presente monografía pone de relieve los fundamentos sobre los que se basa la valoración católica de la Cena evangélica: «Una teología orientada hacia el concepto de sucesión, como ocurre en la Iglesia católica y en la Iglesia ortodoxa, (no) puede negar de ningún modo la presencia salvífica del Señor en la Cena evangélica» (*Heil schaffende Gegenwart des Herrn im evangelischen Abendmahl*) (J. RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe*, Madrid 2005, p. 255). Así resumía el entonces cardenal Prefecto de la Cong. para la Doctrina de la Fe la percepción católica acerca de la Cena al obispo luterano Johannes Hanselmann in 1993. Sus palabras no suponen reconocer en la Cena evangélica la «íntegra sustancia del misterio eucarístico». Pero tal celebración no es simplemente nada: «sin embargo, mientras conmemoran en la santa cena la muerte y la resurrección del Señor, profesan que en la comunión de Cristo se representa la vida y esperan su glorioso advenimiento» (Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 22).

José R. VILLAR

L. CANO, «Reinaré en España». *La mentalidad católica a la llegada de la Segunda República*, con prólogo de José Andrés-Gallego, Encuentro, Madrid 2009, 365 pp., 15 x 21, ISBN 978-84-7490-952-4.

El anuncio del Reino de Dios, de su acción salvadora en el mundo y en la historia, ocupa un lugar destacado en la Sagrada Escritura. Y la proclamación de Jesús como *Kyrios*, como Señor, como Rey, formó